

Guatemala: la exigencia de un pacto social

López-García, Carlos E.

Carlos E. López García: Economista guatemalteco. Candidato al doctorado en Ciencia Política. Funcionario de la CEPAL. Articulista del periódico Uno más Uno de Ciudad de México.

La utopía de una sola «nación centroamericana» ha debido recorrer un camino sumamente largo y difícil. En los hechos, después de una larvación inicial, que arranca con la conquista y desemboca en la independencia, ha tenido que enfrentar disputas locales y presiones foráneas que geográficamente le redujeron de tamaño y que políticamente le dividieron en seis parcelas, hoy siete con la inclusión natural de Panamá, que se debaten en el presente por la viabilidad de sus proyectos particulares de países.

Para nadie es un secreto que dicha viabilidad es sumamente frágil de manera aislada. Los retos de una profunda crisis de carácter mundial, donde los diversos sistemas de organización social no ofrecen respuestas precisas a las necesidades vitales, físicas y espirituales de la humanidad, les encuentran sin la solidez suficiente para definir un camino propio. De aquí que la crisis no sólo se exprese en las dificultades para resolver los agudos problemas económicos, sino en los tropiezos para estructurar un nuevo proyecto hegemónico de consenso.

En otras condiciones de la historia, pudo haberse construido a partir del modelo revolucionario de Guatemala puesto en marcha en 1944. Interrumpido éste, pudo ser la Costa Rica democrática la portadora del recambio estructural y político de Centroamérica. En diferentes momentos y por opuestos proyectos y razones, pudo serlo Nicaragua, la de los Somoza y la del sandinismo triunfante. También, con la enorme potencialidad de la afirmación soberana, la Panamá de Torrijos.

Todo esto dejó, sin embargo, la inquietante necesidad de un proyecto conjunto capaz de resolver la disputa por la nación, incluyendo la supervivencia de sus diversas culturas y la solución de sus necesidades más ingentes. Para unos, ese proyecto hegemónico pasaba por una disputa previa del poder político a través de las armas; para otros, a través de una profundización de la construcción democrática, que abarca no sólo las formas gubernamentales, sino la derrota ideológica de las fuerzas conservadoras decimonónicas aún presentes en la región. Ese es el debate

fundamental, que oscila entre la razón de las armas y las armas de la razón. Con la sola excepción de Costa Rica y con una incidencia menor en Honduras, Centroamérica se acerca a tres décadas de sangramiento, que ha servido también a las hegemonías mundiales como válvula de escape de sus desacuerdos extrarregionales.

Dialécticamente, esos largos años, con sus secuelas de destrucción y de odio irreconciliable, han dado lugar a la formación de nuevas generaciones que rechazan, con conocimiento de causa, a la guerra como solución y que advierten, con más claridad que en el pasado, la necesidad de la unidad nacional. Los valores de la paz y la democracia que reconoce la pluralidad ideológica y las diferencias de las formas de existencia social tienden a afirmarse entonces en un doloroso parto.

Es cierto que la estabilidad de instituciones y gobiernos se ha tornado frágil en Centroamérica, porque los procesos del reconocimiento plural y la diferenciación social han producido vacíos de poder y han formado fuerzas de empate que se encuentran impedidas de alcanzar soluciones de acuerdo suficiente alrededor de sus propios proyectos.

En este contexto resulta vano afirmar la existencia de fuerzas políticas definitivas o inamovibles, o pretender que los proyectos hasta ahora más logrados podrían caminar sin tropiezos.

El caso de Guatemala

El caso particular de Guatemala, pieza clave en el futuro inmediato de la región, registra el microcosmos de lo que ocurre en Centroamérica. Parece obvia la rotura de su tejido social y la tarea inmediata de su reconstitución, en la que la fragmentación misma de su vida productiva sitúa en el exterior buena parte de su fuerza laboral.

El choque sangriento de fuerzas políticas multienfrentadas ha llenado de dolor y de odio a una buena parte de su sociedad, pudiendo afirmarse que lo que identifica al conjunto social es la mutua desconfianza en la que ha caído. De esta desconfianza se aprovechan convenientemente las todavía importantes fuerzas conservadoras, que sin ser mayoritarias, mantienen espacios ideológicos capaces de vulnerar a las mismas fuerzas contestatarias aún incipientes y carentes de proyectos alternativos propios. Acostumbrado al blanco y negro de una reciente lucha antiestatal y con un espectro político insuficientemente diferenciado, el mismo ejército, que

aportó mayores luces en el proyecto estatal delineado en 1982, presenta un sector vulnerable a la prédica desestabilizadora que ha logrado infundirle desconfianza en la afirmación de un régimen político que en buena medida es su propia criatura.

Un proyecto nacional endeble y las confusiones entre éste, el régimen político, el proyecto estatal y el modelo de gobierno, han hecho presa de los partidos políticos, los sindicatos y otros organismos de la sociedad civil, como las organizaciones estudiantiles. Así, un proyecto nacional no explicitado y que depende en mucho del proyecto estatal, ha dejado serias fisuras en el gobierno demócratacristiano. Si a ello sumamos la novatez de los cuadros de dirección y la debilidad en el funcionamiento de sus cuadros medios, y los situamos en el tembladeral de la diversidad de fuerzas sociales y políticas sin control, estaremos en presencia de un gobierno y de un proyecto civil sumamente erosionados.

Desde 1986, la Democracia Cristiana, con Vinicio Cerezo al frente, asumió el delicado papel de hacer transitar ese Estado desde las ideas caducas conservadoras hacia la modernidad. En parte por su inconsciencia global del rol histórico que le fue encomendado; en parte por la carencia de cuadros suficientemente calificados para asumir ese rol; en buena medida por la novatez en el ejercicio de la política pública, ha tropezado con dificultades y desaciertos que en la segunda mitad de su período ponen en jaque al proyecto civil y que repercuten fuertemente en el área centroamericana.

Sin embargo, no es inteligente ante ello la protesta ciega o la oposición per se al ejercicio gubernamental. No puede caerse en el error voluntarista de conceder en la dinámica social mayor peso al oficio público que a las contradicciones de la propia sociedad. Si bien las políticas públicas delimitan la acción social, carecen de la fuerza suficiente para cambiar sus rumbos definitivos en uno u otro sentido. En todo caso, no pueden arriesgarse largos y pacientes años de espera en el arribo de regímenes políticos con justicia social, parados en proyectos que se pretendió erradicar o en la inconsciencia de no saberlo o de no formular proyectos alternativos sustentados en fuerzas y programas concretos.

Podría ser evidente que el momento histórico trascendental que vive Centroamérica y el rol que Guatemala desempeña en él como pieza fundamental no hayan sido entendidos por la Democracia Cristiana; es muy probable que el traje confeccionado por la historia les haya quedado un poco grande. Es probable también que su

negativa a compartir parte del gobierno constituye una buena dosis de insensatez en un medio tan plural y dividido.

Voluntarismo

De otra parte, es notorio cómo aflora el voluntarismo de las organizaciones de la sociedad civil, al menos en dos direcciones: 1) exigiendo del gobierno que haga lo que ellas mismas, en su conjunto, no le permiten, puesto que contribuyen a que sea aprisionado en un marco de decisión sumamente estrecho por los grupos de poder; y, 2) a contrario sensu, responsabilizándose de una situación social que consideran, casi siempre a priori, resultado de lo erróneo de medidas económicas adoptadas por el gobierno.

Si el camino de encuentro, con distancias similares de parte del gobierno, de la sociedad civil y de las fuerzas populares, no es recorrido en un plazo perentorio (misma dirección en la que deberá encaminarse la cooperación internacional hacia el país), los grandes proyectos, nacional y estatal, correrán peligro o, al menos, se verán sujetos al aventurerismo de fuerzas antinacionales y conservadoras, que lograrán posponer el arribo de la democracia y de la paz plenas.

Es posible que en esta confusión las organizaciones sindicales estén forzando el saco de la nación y comiéndose la gallina de la democracia. Es posible también que sus movilizaciones, emocionalmente dirigidas, les conduzcan fuera del reloj de la historia. Es posible también que ese mismo retroceso recaiga sobre la institución militar que, dividida, no ha sido capaz de darle suficiente fuerza al Estado para la elaboración confiable de un proyecto político soberano de indudable jerarquía y de un proyecto social en beneficio de las mayorías. Su reto continuo a la institucionalidad misma no sólo impide la solidez de ese proyecto, sino también les hace víctimas, puesto que su función sólo se explica y tiene sentido dentro de un contexto estatal global que exprese a la nación.

¿La defensa de la nación, la defensa del Estado, la defensa de la democracia en Guatemala, pasan por la defensa de la Democracia Cristiana, de su gobierno y de su presidente Vinicio Cerezo?

Este es el quid a resolver por las diversas organizaciones de la sociedad civil y por los partidos políticos. Es el quid también para el mismo gobierno, porque si la respuesta es afirmativa, deberá esforzarse más responsablemente por estar a la altura de ese compromiso.

El futuro próximo

Un pacto social profundo de las diversas fuerzas sociales, económicas y políticas aparece ineludible. El compromiso histórico (como lo denomina la socialdemocracia), por la forja de la nación y del Estado que lo viabilice, aparece impostergable en el escenario guatemalteco.

Un pacto político para la continuidad del régimen (que se expresará en la consulta popular de 1990), entre el centro, representado el día de hoy por la Democracia Cristiana (DC); el centro derecha, donde destaca la Unión del Centro Nacional (UCN); las derechas (que precisan de una alianza previa entre tradicionales y modernas, donde destacan el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), el Partido Institucional Democrático (PID), el Comité Anticomunista Nacional (CAN), el Partido Unificación Anticomunista (PUA), el Movimiento de Acción Solidaria (MAS), etc.) y una alianza del centro izquierda (donde juegan un papel importante el Partido Socialista Democrático (PSD), el Partido Revolucionario (PR), el Partido Nacional Renovador (PNR), la Unidad Revolucionaria Democrática (URD), etc.), es el único instrumento capaz de garantizar el pleno ejercicio político y el reconocimiento de triunfo al partido que fuere favorecido en las urnas.

Ello no implica que quien obtenga la victoria desarrollará un programa único y parcializado. En las condiciones políticas de Guatemala, es necesaria la elaboración de grandes líneas de consenso, en las que participen fuerzas de presión social reconocida como el ejército, la Iglesia, los organismos sindicales y gremiales, y las diversas organizaciones económicas del sector privado.

La tarea inmediata de los partidos del centro, DC, y del centro derecha, UCN, consiste, sobre todo, en definir los consensos de un programa de gobierno amplio que, en caso de asumirlo, les toque desarrollar en el próximo quinquenio.

La tarea inmediata de los partidos de centro-izquierda y de las derechas tradicional y moderna, consiste en trabajar arduamente por la unidad de sus propias fuerzas, en primer lugar, que les permita una presencia nacional sólida y que viabilice su inserción en los programas de unidad nacional y de consenso gubernativo.

De otra parte, la ubicación en el centro, que le da una considerable fuerza a las propuestas de la DC, le permiten también concertar un fuerte paquete de alianzas hacia la izquierda y la derecha del espectro político, pero los rasgos de incumplimien-

to le colocan en una posición sandwich, en la que podría resultar soportando todas las presiones derivadas de la falta de conducción adecuada del pacto.

La posición de centro-derecha permite, sobre todo, acuerdos y alianzas con el centro y con las derechas, pero dificulta las que podrían lograrse con el centro-izquierda, el ejército y la Iglesia. La masa electoral de centro y de derecha podría ser atraída por el discurso de la Unión de Centro Nacional, lo que redundaría en una clara ventaja sobre sus oponentes más cercanos. No obstante, si se inclina demasiado en uno u otro sentido, se vería abandonada por el del lado opuesto y por parte de su propio caudal electoral.

La suerte de las derechas tradicional y democrática depende en grado sumo de su política de alianzas y de la suscripción de acuerdos nacionales de largo aliento. Su insistencia en el manejo coyuntural de la política le han colocado en un lugar sin visión del futuro, que juega en su contra al paso de los días.

El centroizquierda

Para la posición de centro-izquierda no sólo se precisa de un frente amplio, sino de un acabado diseño de alternativas político-económicas y sociales que la hagan visible frente al pensamiento conservador enraizado en la población. Al contrario de la posición anterior, aparece débil en el manejo coyuntural y con una apuesta muy alta hacia el futuro. Esas son su debilidad y su fortaleza.

En el proyecto nacional global, un elemento que podría estar significando cierta ventaja para este segmento del cuadro político es su comprensión de la búsqueda del pacto social y del consenso. De la misma manera, su manejo, ventajosamente más claro, de los contextos internacional y centroamericano en los que se inserta el país. Fundamental le será su vocación latinoamericanista, que hoy aparece como una variable de primera magnitud en la solución de los grandes problemas de dependencia económica, financiera y de mercados, en los que se debate la región.

El trabajo político de los demócratas de izquierda, citando a uno de sus connotados dirigentes, ha debido desarrollarse en medio de un trabajo cuidadoso de desactivación de un extenso campo minado para ellos, donde la curva del terreno ofreció, hasta el 11 de mayo de 1988, (en que se fragua y fracasa la intentona de golpe de Estado más seria sufrida por Vinicio Cerezo), una visión parcial del terreno por caminar.

No obstante, parafraseando un excelente análisis aparecido en un semanario local, no debemos perdernos en observar el dedo de la historia guatemalteca, sino en visualizar la dirección en que apunta: un futuro de paz y democracia, en el que las fuerzas que luchan por ellas alcanzarán la victoria final.